

EL DESENCANTO

JEAN Francois Revel, conocido ensayista francés, autor de libros como «La tentación totalitaria» o «Ni Marx ni Jesús» y editorialista del prestigioso semanario «L'Express», ha escrito recientemente en sus páginas un comentario acerca de lo que él mismo llama «El milagro político». Dice Revel que en los años de la segunda posguerra mundial han sido frecuentes los «milagros económicos» (el alemán, el japonés...); pero, en cambio, todos los que parecían milagros políticos, los de quienes parecían conciliar, con su gestión o con su actitud, cosas incompatibles o hacer desaparecer esta incompatibilidad en una síntesis nueva, parecen haber fracasado. Tal es el caso de un Kennedy, un Dubcek, un Allende.

Pero —piensa también Revel— hay un caso en que se ha producido un verdadero «milagro político» y, para asombro de los habitantes de este país, este caso se llama España. Precisamente cuando ha concluido un año que ha sido el de la democracia, pero que para muchos ha sido también el del desencanto ante la misma, de allende nuestras fronteras nos llega este mensaje cordial, de optimismo y de esperanza. Y es que verdaderamente una de las cosas más paradójicas de la presente situación española es que, como decía Marías, a la admiración exterior se le contraponen el desasosiego y el desencanto interior.

¿No será una exageración considerar como un «milagro» lo sucedido en España durante el pasado 1977? Con absoluta seriedad ningún sociólogo o historiador podrá decir que en cualquier otra ocasión histórica se ha cubierto el tránsito de una dictadura a una democracia con tan mínimos costes sociales, aunque vistos desde cerca parezcan no sólo excesivos, sino abrumadores. Esto es, simplemente, irrefutable, pero ante la muchedumbre de agoreros que aullaban por el escenario político español uno acabaría por preguntarse a qué se debe tanta actitud, tanto voluntario crispamiento de la situación española. La respuesta es múltiple y complicada. Hay quienes creían que la transición se haría de una determinada manera y, como no es así, echan la culpa al pueblo español o a quienes ha elegido; hay quienes su deseo de escalar el poder les hace olvidar que no todos los medios son permisibles, porque algunos de ellos pueden acabar por deteriorar al propio sistema; hay quienes se muestran catastrofistas porque ahora no se les tiene en cuenta; hay ignorantes y necios que identifican (y ejercitan) la democracia como desmadre; y hay, en fin, quienes piensan que esto (lo de ahora) tiene todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de la situación política pasada: son los que tenían muchas ventajas particulares en el pasado, que no están dispuestos a compartir en el presente.

Sucede, como dice Revel, que el «milagro político» no es eterno; que, una vez pasada ya la «divina sorpresa» del cambio a la democracia sin violencia, entramos en la vida cotidiana con sus problemas concretos. Si hemos sido capaces de mantener la paz como sistema de convivencia, a pesar del terrorismo, ahora debemos construir día a día un régimen de libertad y de participación. Para muchos es difícil librarse de esa sensación de desencanto, porque uno de los más patentes efectos psicológicos de los regímenes autoritarios es el «miedo a la libertad» que generan. La democracia sirve, entre otras cosas, para lanzar a la luz pública las dificultades, los dramas y los conflictos que la dictadura tiene por objeto enmascarar bajo un aspecto externo de apariencia mucho más agradable. No se dan cuenta de que precisamente por esa razón la democracia es, precisamente, el régimen más conservador, porque permite que los ciudadanos, en cada momento, puedan

enfrentarse con los problemas reales del país, que es la primera condición para resolverlos. Y que, por ello, además, carecen de sentido esas periódicas oleadas de histerismo que este país viene sufriendo desde el pasado 15 de junio, como si el vacío total, el colapso generalizado de las instituciones o la catástrofe cósmica estuvieran, cada quince días, a la vuelta de la esquina.

El pueblo español (no sólo un partido o unos dirigentes) debe saber que lo ha hecho bien en el más inmediato pasado y que por ello empieza ya por estar en buenas condiciones para hacerlo de nuevo bien en el futuro. Debe ser consciente, además, de que ello depende no de irracionales o indomeñables fuerzas ciegas que no dependen de su voluntad, sino de él mismo, a través de la influencia que pueda ejercer sobre su clase política. Es necesario que opte, positivamente, por un amplio programa de propuestas constructivas e ilusionadas, destinadas a hacer, como quería ya hace un siglo Giner de los Ríos, que el español sea «más» en todos los terrenos: más libre, más alegre, más justo. Y para ello lo primero que todos deberíamos intentar sería no dramatizar constantemente la situación, no exasperar por sistema al adversario, no pedir a la democracia que solucione en minutos problemas que vienen incluso de siglos; darse cuenta de que la democracia es, a la vez, el enfrentamiento ideológico y el diálogo en las soluciones concretas; procurar no empeorar los problemas, sino plantearlos con el serio propósito de resolverlos en concordia.

Todo esto no sólo es deseable, sino, además y venturosamente, posible con tal de que los españoles nos pongamos ilusionadamente a la tarea cotidiana de intentarlo. Durante años se nos ha hablado de la incompreensión exterior de los problemas españoles, cuando muchas veces de lo que se trataba es de que, desde allí, se entendían las exigencias de la democracia. Ahora que, de más allá de nuestras fronteras, nos llega este mensaje de Revel, optimista, confiado y alentador, ¿caeremos en ese vicio, tan carpetovetónico, del masoquismo nacional?—Javier TUSELL.